feccion á Dios, sumergidos en fuego y atormentados por inmenso número de ángeles de fiero rostro. La Vírgen, mostrando deseos de conocer á Satanas, Gabriel lo hace buscar por el guarda del infierno. Tiene Satanás el color tostado, abierta la espalda, quemado el pecho y le sujetan cadenas y grillos de fuego. La Vírgen entabla con él un largo diálogo en este tono: «¿Quién oscureció tu luz?—La soberbia. ¿Quién te asó el pecho?—El recuerdo de los que adoran á Dios,» etc. María le ofrece interceder con Dios en su favor; pero él alega su imposibilidad de arrepentirse y no cree que su pecado sea perdonable. María le maldice, y él, dando un grito como horrible trueno, se precipita en el fuego. Gabriel va explicando á la Vírgen las diferentes clases de tormentos. A un lado del infierno, en un campo cerrado, se halla el purgatorio; el calor y los tormentos son allí setenta veces menores que en el otro lugar. Junto al purgatorio está el limbo de los niños. La yegua transporta en un abrir y cerrar de ojos á Gabriel y á la Vírgen á la cumbre do se asienta el Señor de los siglos; Gabriel dice á María que si quiere ver á su hijo Jesus, diga: «No hay otro Dios mas que Dios»; dicho lo cual, se descorrió un velo y apareció el habitáculo de la Santidad, á cuya diestra estaba Jesus, espíritu de Dios, y vió arcanos y misterios que no es posible referir. María, absorta, enmudece; luego que recobra la palabra pide á Dios que le

permita quedarse allí con Él; pero una voz le dice que es preciso que todavía permanezca en la tierra algun tiempo. Entonces alzó la vista y descubrió un tabernáculo de luz, en que habia un libro; pregunta á Dios qué libro era aquél, y Dios le responde: «Es la *Certidumbre del Evangelio*, que llevó mi espíritu Jesus al mundo.» María le pide el libro; Dios le promete que se lo enviará. Aquí termina el viaje. La yegua depone su sagrada carga en la puerta del templo; Gabriel previene á María que lo refiera todo á los apóstoles, y se despide. La Vírgen, al acabar su narracion, recomienda el secreto, porque Dios lo guarda para los últimos tiempos, y manda á Santiago lo escriba en plomo, lo que efectuó por medio de su discípulo y notario Cecilio Ebnelradí.

Libro de Sentencias acerca de la fe, manifestado por santa María, vírgen inmaculada, á Santiago apóstol, traducido al árabe, por mandado de santa María, por Cecilio Ebnelradí. Entró un dia Cecilio en casa de la Vírgen á buscar á su señor Santiago, y los halló conversando en secreto; Cecilio fué á besar la mano á Santiago y vió que en ella tenía un pergamino; preguntóle qué era; Santiago le respondió que *Sentencias acerca de la fe y del modo de llegar á ella, por santa María.* «Tómalas, tradúcelas al árabe y ponlas en plomo para que por ellas se guien las siervos de Dios en los últimos tiempos.» El pergamino estaba

escrito en hebreo por Santiago. (Son hasta cien sentencias ó versículos en el estilo del *Corán*, que tienen por objeto exhortar á los hombres á la práctica de las virtudes morales, á dar á solo el verdadero Dios culto y á resignarse á su voluntad. Todo ello excelentes cosas, á que no puede reprocharse más que su monotonía y su trivialidad.)

Historia del sello de Salomon, hijo de David, profeta de Dios, segun santa María, por Cecilio Ebnelradí. Pregunta Santiago á la Vírgen por la significacion del sello de Salomon. «Si supieras, le responde, cuánto tiene de la gracia de Dios sumo, hollarias con él el mar y no te sumergirias.....; él contiene la ciencia de los sabios y de los arcanos.» Cuando llegó Salomon á la edad adulta, dijo: «Señor, dame el hábito de la virtud, no concedido á nadie, y la más pura ciencia.» El Señor le dió un anillo con signos misteriosos, y por él le confirmó en el reino; con este anillo tuvo ciencia y poderío y el hábito de la virtud y de la justicia, y sujetó á los hombres y á los demonios, y las aves y los vientos le sirvieron, y le mandó Dios que ni por un momento se desprendiese de él. Pero hé aquí que Damit, el más ilustre de los ídolos de Caratina, la más hermosa entre las mujeres de Salomon, la persuade á que le pida el anillo cuando vaya al baño, bajo pretexto de guardárselo, con cuya posesion se asegura su amor sobre las demas mujeres. Salomon

accede y entra en el baño; mas Satanás, tomando su figura, sale, recobra el anillo de Caratina y lo arroja al mar, donde en seguida lo tragó un pez. Salió Salomon del baño y se contristó profundamente al oirse decir que por qué pedia el anillo segunda vez; se dirige al trono y le ve ocupado por otra persona; conociendo entonces su grave pecado, hace penitencia hasta que le fué revelado su perdon, y que fuera á la orilla del mar y tomara lo que de él saliere. Halló unos pescadores, cuya barquilla se habia estrellado contra la playa, que en agradecimiento del auxilio que les prestó, quisieron darle alguna recompensa; él no aceptó otra que un pez, que llevaba el anillo en las entrañas. Recuperó con él las virtudes, y holló los ídolos, y adornó el templo con sus sellos triangulares, y de la misma forma hizo fabricar las lámparas. Administrando justicia, vivió dias felices y murió fiel.

De lo Comprensible del divino poder, clemencia y justicia sobre las criaturas, por Cecilio Ebnelradí, discípulo de Santiago apóstol, defensor de la ley evangélica. En ciento veinte y seis versículos discurre sobre el pecado original y sus consecuencias, viniendo á parar en que no tocó á la Vírgen; así lo declararon unánimemente los apóstoles, y el que disienta tiene cierta su condenacion.

Segunda parte de lo Comprensible, etc. En ciento cuarenta y cuatro versículos trata de las cuestiones

que agitaba la teología escolástica. Afirma el libre albedrío y rechaza la influencia de los astros; descripcion del juicio final; á él precederá una gran corrupcion de costumbres, de la cual darán principal ejemplo las órdenes religiosas, construyendo suntuosos edificios, codiciando riquezas, vendiendo la piedad, y careciendo de ciencia y de obediencia á Dios[1].

De la naturaleza del Ángel, y de su poder, por Cecilio Ebnelradí, discípulo de Santiago apóstol. Los ángeles fueron creados de fuego candente, como de la tierra Adan; fuego setenta veces más brillante que el comun. Cada hombre, desde que se forma, tiene su ángel de la guarda, que le dirige y le amonesta; tiénelo tambien la tierra y cada region. Hay siete grados ó clases en los ángeles rebeldes: la primera bajo la bóveda de la alba esfera, en la primera region del fuego; la segunda en las nubes; la tercera en los vientos; la cuarta en la superficie de la tierra; la quinta en las cavernas y sepulcros y en todo lugar tenebroso; la sexta en los mares, fuentes y rios; la séptima en la gehenna. Respecto de los ángeles

[1] La magnificencia con que se construian los conventos debia de escandalizar más que medianamente á los moriscos, pues en los jofores que romanceó Alonso del Castillo por órden de la Inquisicion, tambien se la designa entre otras señales del juicio final: «..... e cuando vieres las pinturas en los templos, é tomar las mujeres las prabas costumbres é vezos malos, é los hombres de religion vivir en ricos edificios.....»

buenos, discurre sobre su jerarquía, albedrío, poder, presteza é inteligencia.

Relacion de la casa de la paz, y de la casa de la venganza y de los tormentos, por Cecilio Ebnelradí. Contraposicion de los placeres de los justos y las penas de los condenados, unos y otras desde el punto de vista moral; á los justos la ciencia y la vision beatífica, á los réprobos la ignorancia, el aislamiento y la privacion de consuelo. Hace resaltar las ventajas y goces del sabio sobre las miserias del insipiente.

De los preclaros hechos del apóstol Santiago, y de sus milagros, por Cecilio Ebnelradí, su discípulo y notario. Retrato físico y moral del apóstol; repeticion de la historia del libro de la *Certidumbre*, del diálogo de san Pedro y la Vírgen sobre aquel libro, del gran porvenir reservado á los árabes y á su lengua, la deposicion del libro en las entrañas del monte Olivete, y el encargo á Santiago de traer la copia á España; viaje de éste, con sus discípulos, en la barquilla conducida por Gabriel; desembarcan y van á la ciudad de Acci, de ésta á Ilipula, y luego al monte en que resucita el sepulto desde el tiempo de Moisés. Descubre allí Santiago una caverna y dice: «Ciertamente ésta es Garnata; ¡profunda caverna es!» y la elige por morada; al cabo de cuarenta dias envia á Cecilio por víveres y á explorar el estado de la ciudad; encuentra que adoran al ídolo Oza, pero trátanle bien, y con esta nueva van los otros seis

discípulos. Santiago hace que á la falda del monte luzca un vivísimo resplandor, que atrae á la muchedumbre, y entónces el apóstol ora para un nuevo y mayor prodigio, y el monte se hiende por enmedio. Predica en la ciudad por muchos dias, y nadie se convierte. De allí fueron á Mentesa, á Tolemon, á la ciudad del Puente, á Iberia, sobre el rio Ibero, donde es encarcelado; mas habiendo exorcizado las cadenas y paredes que le encerraban, al punto se vió libre; dirígese al templo de Oza, y el templo y el ídolo se derrumban; expulsado de la ciudad, dice misa y ruega á Dios le indique adónde ha de ir. Por revelacion divina parte hácia Oriente, y llega á una ciudad cerca del mar, llamada Roma pequeña; á la entrada cura á un pobre que le pedia limosna, diciéndole que no tenía dinero, pero sí los tesoros del Señor; se repite el hundimiento del ídolo y del templo, convierte un monte en llano, van á llevarle á la cárcel, y la cárcel se hunde; ruéganle que haga cesar la sequía, y una abundante lluvia riega la tierra; pero tenido por hechicero le hacen salir bajo la amenaza de quemarle vivo. Se dirigen á Occidente por una gran llanura; la sed los acosa, pero Santiago toca con su vara las peñas y brota agua; dice misa en una cueva y expone largamente á sus discípulos ideas místicas y teológicas en artificioso estilo; va á Córdoba, disputa con el sumo sacerdote de Oza, se hace pedazos el ídolo y es arrojado de la ciudad. Retírase á un monte, ora, y Dios le revela que hallará un árabe, llamado Aben-el-moghir, que oirá su predicacion; viene éste, en efecto, á buscar á Santiago, se convierte despues de una explicacion escolástica de la *Esencia veneranda*, y toma por nombre Indalecio. Santiago vuelve al Monte Santo, donde Dios le revela lo que se contará en el *Libro de los grandes Misterios;* despues van á la orilla del mar, y una navecilla que hallan dispuesta los lleva á la Tierra Santa. Da cuenta á la Vírgen de sus padecimientos y de la inutilidad de sus esfuerzos, pues no ha hecho más que un converso; asiste á la muerte de la Vírgen; los apóstoles se dividen entre sí el mundo, y parten á llevar por todas partes la nueva luz; Pedro examina á los discípulos de Santiago y les da licencia de predicar, y manda al apóstol haga escribir el libro del *Fundamento de la Fe* y otros, y que vuelva á España.

Segunda parte de los preclaros hechos del apóstol Santiago. Va á predicar á Samaria y hay rotura de ídolos, disputa con sacerdotes, encarcelamiento, cadenas que se sueltan y paredes que se abren; córtanle el brazo derecho, le azotan, le sacan un ojo y le llenan de injurias. En este estado pide á sus discípulos le lleven á España; que guarden en ella los libros y que no lo entierren en el Monte Santo, sino hácia las costas del Océano. Fueron al mar, hallaron dispuesta la barquilla, navegan con viento próspero,

pasan el Estrecho, y en las costas del Oceano le desembarcan moribundo; la navecilla se sumerge, y Santiago exhala su espíritu, presentes Dios y sus ángeles. Sepúltanle los discípulos, y anegados en lágrimas, vanse por medio de la isla al Monte Santo, donde guardan los libros con la copia del de la *Certidumbre*[1].

Roman de la Higuera aspiraba á reconciliar iglesias, los autores de los plomos de Granada á reconciliar iglesias y razas. La iglesia granadina, no habiendo tenido edad media, carecia de leyendas. Al buscar su orígen, tan remoto como todas las iglesias pretendian tener el suyo, no descubria más luz que la asaz diminuta del oficio muzárabe, compuesto para honrar la memoria de siete varones apostólicos, que evangelizaron aquella parte de la Bética;

1 Además de estos libros, debia haber allí y no parecieron: uno de la *Vida de Santiago*, por san Tesifon, que se menciona en la cubierta del de *Esencia veneranda*. Es posible que sea el mismo que, por olvido de lo que habia escrito, ó por haber mudado de parecer, atribuyó luego el autor á san Cecilio. Otro, segunda parte del de *Fundamentos de la fe*, y otro del *Tránsito de Nuestra Señora*, citados, el anterior en el de la *Predicacion de Santiago*, y el último en la primera parte de la vida de éste.

Estos libros, ó no se escribieron, ó quedaron perdidos en el cascajo, ó el que los encontró los cambió por arropía, como iba á hacer la esclava á cuyas manos vino el de *Esencia veneranda*, ó se los guardó con propósito de lucro, como hizo el que tropezó con el de la *Predicacion de Santiago*, visto que el arzobispo ya no gratificaba, como en un principio, á los que se los presentaban.

el *Leccionario complutense* ampliaba esta noticia hasta consignar la distribucion de estos varones en otras tantas ciudades, adjudicando Torcuato á Acci, Tesifon á Bergi, Segundo á Abula, Indalecio á Urci, Cecilio á Eliberri, Isicio á Carcesa, Eufrasio á Iliturgi, donde todos esparcen la divina semilla con mucho fruto, dirigen sabiamente sus greyes y acaban con feliz tránsito, glorificando sus sepulcros multitud de milagros. Aunque estos apostólicos encontraron á su venida oposicion entre los accitanos, pronto triunfaron de ella, á favor de un hecho milagroso, y fueron á instalarse en sus sillas, que ocuparon en paz el resto de sus dias. Tales obispos no respondian al ideal que la imaginacion se trazaba de los primeros propagadores del cristianismo; luchas, viajes, persecuciones, frecuentes prodigios y, por último, el martirio. La iglesia de Guadix habia obtenido de la Santa Sede oficio propio para san Torcuato (1590); Ávila, que se apropiaba la representacion de Ábula, lo acababa de lograr para su san Segundo (1594); Granada, teniendo datos tan escasos y vagos sobre su san Cecilio, y no poseyendo ni áun sus reliquias, desconfiaba de poder hacer partícipe del mismo honor á su primer prelado (el cuerpo de san Torcuato se veneraba en Celanova, y el de san Segundo habia sido hallado en Ávila). El pergamino de la torre Turpiana habia debido su fortuna, todavía más que á la profecía, á las noticias que daba

de san Cecilio; y era notorio que con el mismo favor serian recibidas las que fueran apareciendo. El autor que se proponia suministrarlas llevó esta vez sus miras más alto; en lugar de ofrecer únicamente simples leyendas sobre el orígen de la iglesia granadina, éstas servirian de envoltura á una tentativa de reforma religiosa, que, á ser aceptada, haria posible la reconciliacion de dos religiones enemigas, cuya incompatibilidad era causa de inmensos infortunios para los pueblos que las profesaban, y por lo tanto, para la nacion entera. Los diversos medios hasta entonces empleados por el Gobierno para asimilar las dos razas que vivian sobre el suelo español, ó facilitar la absorcion de la vencida por la vencedora, habian sido tan infructuosos como los que actualmente, con idéntico objeto, emplea Francia en Argelia: el autor creyó que esto merecia la pena de tentarse. Debia desconocer que la guerra entre el musulman y el cristiano es natural, la paz forzada; puestos en contacto, como dice De Maistre, uno de los dos ha de servir ó perecer. Es verdad que ambas religiones han nacido en el mundo semítico, pero el cristianismo al dia siguiente de su nacimiento se ingiere en una raza extranjera capaz de una gran civilizacion, se asocia á ella y guia sus destinos; el mahometismo, por el contrario, queda fiel al judaismo, y como él inmóvil y estéril, y las razas extranjeras con que se cruza (berberiscos, tártaros) son

inferiores y no tienen nada que llevarle; así, miéntras que su rival la raza indo-europea funda, edifica, legisla, pinta, esculpe, raciocina, inventa y progresa, él queda absorbido y como fascinado en la contemplacion de su idea fija «Dios es Dios», sin artes, sin filosofía, sin ciencias, inepto para legislar y organizar imperios: la tienda, la espada, el rebaño, un libro único, un templo desnudo resumen su civilizacion estacionaria. Fundir elementos tan incompatibles debia mirarse como un sueño; pero la posibilidad de tales transacciones, fáciles en cuestiones de intereses, y absurdas en las de creencias, ha tenido sostenedores en todos tiempos; muchos lo han intentado con las iglesias griega y latina; Bossuet trabajó por conseguirlo entre la católica y las protestantes; los jesuitas entre aquella y los cultos asiáticos. El autor juzgó la ocasion propicia: el pueblo cristiano recibiria como santo y verdadero todo cuanto procediera de sus primeros apóstoles; el árabe, esto es, los moriscos, postrados tras repetidos reveses, sobre todo despues del último supremo esfuerzo para sacudir el yugo, debia sentir quebrantada su fe. Las guerras religiosas parece que han de ser las que más fácilmente pueden prescindir de la victoria; no hay, por el contrario, ningunas que más la necesiten; el hombre no mira largo tiempo como santas las causas que ve siempre desgraciadas; quiere creer en el auxilio de Dios cuando cree combatir